
Vida social, condiciones de trabajo y organización sindical.

El caso de los zapateros en Costa Rica. 1934-1955

Víctor Hugo Acuña Ortega*

Su medio ambiente era el de la política abierta del *Gemeinschaft* más que el de la *Gesellschaft*.

En términos históricos pertenece a la época del taller, de la ciudad pequeña, y sobre todo del poblado, más que al de la fábrica y la metrópolis

E. Hobsbawm y J.W. Scott

El proceso histórico de desarrollo del movimiento obrero en Costa Rica alcanza ya el centenario. En la década de 1880 aparecieron las primeras asociaciones de artesanos y obreros de carácter mutua, ocurrieron los primeros movimientos laborales entre los trabajadores que construían el ferrocarril, surgieron las primeras publicaciones periódicas artesanal-obreras y se fundaron los primeros clubes políticos de artesanos que intentaron participar en los juegos electorales de la República Liberal.¹ A lo largo del primer medio siglo, una heterogénea y dispersa constelación de grupos urbanos que vivían de la venta de su fuerza de trabajo y una masa más compacta y homogénea de obreros vinculados a las actividades del enclave bananero se fueron constituyendo como dos grupos sociales, con su identidad, su cultura y sus instituciones específicas. Ambos gru-

pos de trabajadores hicieron sus primeras armas en la lucha social y política, y se convirtieron en actores dentro del sistema de relaciones de clase de la así llamada república oligárquica.²

No obstante, durante esas cinco décadas los asalariados urbanos y los trabajadores de plantación no llegaron a crear de manera estable y claramente discernible organizaciones de naturaleza sindical y partidos políticos de carácter obrero. Es cierto que los trabajadores urbanos conocieron el influjo del anarquismo e intentaron, sin éxito, consolidar organizaciones laborales inspiradas en esa orientación; de igual manera se debe recordar que desde 1913 y hasta mediados de la década de 1920 existió la Confederación General de Trabajadores, que pretendió cumplir tareas sindicales en el seno de los asalariados urbanos costarricenses; finalmente debe tenerse presente que la fundación del llamado Partido Reformista en 1923 representó el primer esbozo de una organización política propia de los trabajadores costarricenses.³ Sin embargo, todas esas experiencias tuvieron un carácter precario y discontinuo. Por esta razón, la marejada de luchas sociales y políticas que se desencadenó en Costa Rica en el contexto de la crisis económica del decenio de 1930 marcó una ruptura en relación con el periodo anterior. Así, en 1931 fue fundado el Partido Comunista de Costa

* Centro de Estudios para la Acción Social, San José, Costa Rica.

Rica, que jugaría un papel determinante en el surgimiento de un movimiento sindical propiamente dicho durante esa década y la siguiente. En síntesis, el siglo de historia obrera costarricense puede dividirse en dos grandes periodos: el que cubre la fase germinal y experimental, de 1880 a 1930, y el que comprende la etapa moderna, con una mayor continuidad y un mayor grado de institucionalización aunque jalonado de rupturas, desarrollos abortados y nuevos despegues, que se prolonga de 1930 hasta el presente.

Obviamente que estas dos divisiones mayores son susceptibles de varias subdivisiones. En particular en el último medio siglo se constata la existencia de dos fases diferentes: la de las décadas de 1930 a 1940, que culmina en la Guerra Civil de 1948, y la fase contemporánea, que comprende desde 1948 hasta el presente. Los decenios de 1930 y 1940 están dominados por la presencia del Partido Comunista, el ascenso del sindicalismo y las reformas sociales de los años 1940.

Los años de la Gran Depresión, de la Segunda Guerra Mundial y del comienzo de la Guerra Fría fueron de una intensa lucha de clases en nuestro país. En esa época los sectores populares adquirieron una mayor presencia en la vida nacional, desarrollaron nuevas formas organizativas y nuevos métodos de lucha. Su impacto se hizo sentir en la conformación misma del estado, que progresivamente fue perdiendo su fachada liberal y asumiendo nuevas tareas, sobre todo aquellas referidas a la "cuestión social". Así, en el marco de una mayor participación y movilización popular y de nuevas alianzas políticas y de clase se inscribieron las Garantías Sociales en la Constitución, se promulgó el Código de Trabajo y nació el Seguro Social.⁴ Sin lugar a dudas, un actor fundamental de estas transformaciones fue el Partido Comunista, fundado como ya se dijo en el año de 1931. Esta organización encontró su base social entre los grupos urbanos pobres —en particular en los sectores obrero-artesanales, incluidos en ellos algún número de pequeños patronos— y entre los obreros

agrícolas de las plantaciones bananeras. Además despertó la simpatía de algunos sectores intelectuales y en ellos reclutó algunos cuadros de su dirigencia.

Bajo la influencia del Partido Comunista se desarrollaron las luchas obreras y surgieron diversas organizaciones sindicales entre los trabajadores urbanos y los obreros de plantación. Precisamente la primera gran huelga de zapateros y la primera gran huelga de bananeros, que tuvieron lugar en 1934 y que dieron origen a la organización sindical en esos sectores, fueron dirigidas por el Partido Comunista. En esos grupos sociales los comunistas no encontraron una zona silvestre, puesto que tanto los bananeros como los zapateros tenían ya tras de sí una trayectoria de lucha. En lo que se refiere a los obreros del calzado sabemos que durante las primeras décadas del siglo XX habían protagonizado algunos movimientos laborales y habían realizado algunos intentos organizativos.⁵ No obstante, según la información disponible el sector más combativo de los trabajadores urbanos en el periodo anterior a 1930 fue el de los panaderos, los más expuestos al influjo del anarquismo en nuestro país.⁶

Después de 1930, el sector más destacado de los grupos obrero-patronales pasó a ser el de los zapateros. Varios zapateros participaron en la fundación del Partido Comunista y el primer diputado obrero por esa organización política fue un alistador de zapatería. Los zapateros vinculados al Partido Comunista, y en especial el diputado recién electo, condujeron la huelga del calzado de 1934 y quedaron al frente del Sindicato, fundado pocas semanas después de la huelga. De esta manera el Sindicato de Trabajadores del Calzado se convirtió en promotor del desarrollo de la organización sindical de los trabajadores urbanos costarricenses y puede afirmarse que el movimiento sindical de este periodo se articuló en torno suyo. Por ejemplo, no es casual que el primer secretario general de la Confederación de Trabajadores Costarricenses (CTCR), establecida en 1943 con el fin de agrupar a los sindicatos influidos por los comunistas, fuera un zapatero con una gran trayectoria como

dirigente del Sindicato del Calzado. En suma, durante el periodo 1931-1948 los zapateros representaron el sector más activo y combativo de los trabajadores urbanos organizados y la sección más avanzada del movimiento sindical de la época.⁷ A la vez, jugaron un papel clave dentro de la militancia y la dirigencia del Partido Comunista. En aquellos años nació un prejuicio, que aún persiste en nuestro país, según el cual los zapateros son siempre comunistas: quien dice zapatero, dice comunista.

El radicalismo político de los zapateros es un fenómeno casi universal, anterior al desarrollo del capitalismo, típico del siglo XIX en los países industrializados, aunque en ellos perdió vigencia al finalizar el siglo pasado y durante la presente centuria. Durante toda esa época los zapateros adquirieron fama de intelectuales, ideólogos, políticos y líderes populares.⁸ El fenómeno también está presente en los orígenes del movimiento obrero y socialista en muchos países de América Latina. Para citar un solo ejemplo hay que recordar que el legendario Miguel Mármol, dirigente del Partido Comunista de El Salvador y sobreviviente de la matanza de 1932, fue obrero y pequeño patrón de zapatería.⁹ Así pues, no se trata en modo alguno de un fenómeno singular en la historia de las clases trabajadoras costarricenses.

Una vez constatada esta peculiaridad de los obreros artesanos del calzado lo más natural es que se trate de encontrarle algunas explicaciones. ¿Qué condiciones particulares presenta su situación laboral, su status social y su existencia cotidiana, que hacen de ellos trabajadores inclinados a la teoría y a la práctica radicales? En un trabajo anterior intentamos acercarnos a este problema por medio del esclarecimiento de las circunstancias personales y sociales que llevaron a un grupo de zapateros a convertirse en militantes sindicales y militantes políticos comunistas. En dicho estudio pudimos corroborar que la experiencia y la vida en el talle representó para esos trabajadores un factor clave en su proceso de toma de conciencia sindical y política.¹⁰ En el presente texto quisiéramos continuar este esfuerzo de

comprensión de las particularidades organizativas, ideológicas y políticas de los zapateros. Nuestro punto de partida es la constatación de la importancia de la vida cotidiana en el lugar de trabajo, el taller, en la conformación del comportamiento social y político de los obreros del calzado. Interesa conocer esa cultura del taller y determinar las razones de su existencia. Asimismo parece conveniente esclarecer los vínculos entre el mundo del taller y el desarrollo de la organización sindical.

El periodo que abordaremos se ubica entre el año de nacimiento del Sindicato del Calzado y el año en que la rama empieza a transformarse con la implantación de fábricas modernas y el nacimiento de un nuevo tipo de obrero, ya no artesano sino simple obrero industrial o fabril. Esta es la época de oro del Sindicato y es la era por excelencia del zapatero radical. Como todo corte en el tiempo, el nuestro es arbitrario puesto que el radicalismo de los zapateros costarricenses no fue producto ni del surgimiento del Partido Comunista ni del establecimiento del Sindicato. De igual manera, probablemente el momento crítico de pérdida de influencia del Partido Comunista y de sus organizaciones sindicales fue la Guerra Civil de 1948, de la que ambos salieron derrotados y diezmados y a la que siguió una severa represión. No obstante, a nosotros nos pareció necesario tratar de determinar cómo afectó la Guerra Civil a los zapateros y si habría que atribuir principalmente a la represión el proceso de languidecimiento y decadencia que ha vivido el Sindicato en las décadas posteriores hasta llegar a tener en el presente una existencia meramente formal.

Nuestra pretensión sería, pues, conocer los trabajos y los días en un taller de zapatería y las glorias, amarguras y agonías del Sindicato. Para tal efecto, hemos recurrido a la utilización de los llamados documentos personales: la autobiografía del actual Secretario General del Sindicato;¹¹ una entrevista con esa misma persona sobre la historia y la situación actual de la organización de los trabajadores del calzado; dos entrevistas colectivas realizadas con un grupo de antiguos militantes y dirigentes

del Sindicato; finalmente seis historias de vida recopiladas entre el grupo de personas que participaron en las entrevistas colectivas.¹² Estas entrevistas se desarrollaron durante dos seminarios organizados en colaboración con el Sindicato de Trabajadores del Calzado. En el primer seminario, efectuado el 4 de abril de 1987, participaron ocho antiguos zapateros quienes respondieron a las preguntas delante de un público integrado por jóvenes obreros del calzado, representantes de organizaciones sindicales, representantes de organismos de educación popular y algunos historiadores de la Universidad. En el seminario siguiente, realizado el 12 de julio del mismo año, participaron los ocho zapateros del primero y tres más que no habían asistido al anterior; tuvo un carácter más privado, puesto que sólo estuvieron presentes algunos integrantes del equipo de CEPAS. Ambos seminarios fueron grabados en video.

Nuestros once entrevistados son de sexo masculino, nacidos antes de 1914, quienes hacia 1934 tenían entre 20 y 25 años. Costarricenses de nacimiento, todos trabajaron en talleres de zapatería en San José durante el periodo 1930-1948. A lo largo de esa época fueron trabajadores asalariados y ninguno llegó a ser pequeño patrón. Los once saben leer y escribir, y conservan hasta hoy su adhesión al Partido Comunista, o más precisamente a uno de los dos partidos comunistas, puesto que aquel se dividió en dos fracciones en 1984. Probablemente debido a su edad tienen una débil actividad militante. Con excepción de dos de ellos que en la actualidad forman parte de la Junta Directiva del Sindicato, el resto ya no tiene un auténtico vínculo con esa organización, lo que podría explicarse por la circunstancia de que la mayoría de ellos se ha jubilado. Finalmente, cuatro de esos once zapateros dejaron el oficio hace muchos años y se dedicaron a otras actividades.

Otra fuente utilizada subsidiariamente fue el semanario *Trabajo*, órgano del Partido Comunista desde su fundación hasta la Guerra Civil de 1948. Especial mención merece una obra literaria que ha estado a nuestra

disposición: nos referimos al cuento *El Taller*¹³ del escritor costarricense Carlos Luis Fallas ("Calufa"), durante algún tiempo zapatero, y que también fue trabajador bananero y estuvo al frente de la Gran Huelga Bananera de 1934. En este relato, Fallas describe la vida cotidiana en un taller de zapatería de una ciudad de provincia a inicios de la década de 1930. Por las particularidades que comporta el discurso literario hemos sido prudentes en su utilización como fuente histórica.

Carecemos de estadísticas adecuadas sobre la rama del calzado, sobre sus trabajadores y sobre la afiliación al Sindicato durante el periodo que nos ocupa. En el censo de 1927 se registran 2089 zapateros y 131 zapaterías; en el de 1950 se consignan 3667 zapateros y remendones, pero no aparece el número de establecimientos. Estos datos sólo nos indican que el número de zapateros en Costa Rica en esa época era de algunos miles. En cuanto al tamaño de los talleres, los testimonios recogidos nos autorizan a inferir que había pequeños talleres con menos de una decena de operarios, otros en donde laboraban dos o tres decenas de trabajadores—como el que nos describe Fallas en su cuento, con 22 zapateros y tres aprendices— y unos pocos grandes establecimientos manufactureros que empleaban aproximadamente a un centenar de obreros. Hay que agregar que muchas zapaterías tenían asalariados que laboraban en sus domicilios. Igual problema se nos presenta en relación con las cifras de afiliación al Sindicato. Sólo sabemos que en 1939 el Sindicato de Zapateros de San José afirma tener 425 afiliados mientras que los de provincias, en conjunto, suman 641.¹⁴ Estimamos, pues, que había alrededor de mil obreros inscritos en el Sindicato del Calzado en el nivel nacional.

En los talleres de zapatería, de los pequeños a los grandes, el proceso de trabajo era enteramente manual; únicamente los alistadores utilizaban máquinas de coser. La división del trabajo era elemental. Abarcaba tres fases: el cortado o modelaje de la piel; el alistado, donde se ensamblaba y se cosía la parte superior del calzado, y finalmente el montado, donde pro-

piamente se elaboraban los zapatos. Por lo tanto, el cortado y el alistado eran labores preparatorias para la tarea principal. Los montadores constituían la mayoría de los trabajadores y estaban organizados en dos grupos principales: los montadores de calzado de varón, los "varoneros", y los montadores de calzado de mujer, los "señoreros". También había una distinción entre los operarios que sabían hacer zapato cosido y los que sólo hacían zapato clavado. Finalmente, había tres grados de calificación entre los zapateros: los de "primeras", que elaboraban el calzado más fino y elegante y estaban empleados en las mejores zapaterías; los de "segundas", cuya calificación parecía depender más del renombre del taller en que trabajaban; y los de "terceras" o "chancheros", que producían zapatos rústicos, populares y de mala calidad, llamados "chanchos" o "chanchitos".

La calidad del producto dependía enteramente de la habilidad del obrero, el productor directo. En este sentido, estos obreros asalariados eran artesanos, trabajadores que perfeccionaban el producto del inicio al final. No es un azar que entre ellos exista un orgullo de profesión y que los más diestros posean el sentimiento de que realizaban una labor casi artística. Tienen plena conciencia de que su calificación laboral los diferencia del obrero de la fábrica moderna, que sólo ejecuta tareas simples y parciales por medio de máquinas. Así lo explica Juan Rafael Morales, actual Secretario General del Sindicato de Calzado:

La Avanti esa es la primera fábrica. Bueno, aquí es donde cambian los métodos de producción... aquí ya entonces el zapatero no es el zapatero, es un trabajador del calzado que pone ojetes o que pone lengüetas, o que pone sólo plantillas o que maneja una máquina (...) ya no es un artesano, es una pieza de la máquina, que no tiene que hablar y que tiene que estar pagado a la máquina, al switch.¹⁵

La calificación del artesano zapatero lo convierte en un trabajador no fácilmente susti-

tuible o reemplazable y le otorga una posición menos vulnerable en el mercado laboral. Esta relativa solidez se expresa en la circunstancia de que una zapatería, si pretende conservar y mantener su renombre, requiere los servicios de los obreros de más prestigio. Por otro lado, hay que añadir que los zapateros, en especial los montadores, eran remunerados por obra terminada, no por tiempo. Normalmente, el trabajador convenía con el patrón la fecha y la hora de entrega del trabajo.

Las características del proceso de trabajo y el modo de remuneración tenían consecuencias muy importantes sobre la situación del trabajador. El obrero era su propio gestor, laboraba autónomamente, libre de cualquier supervisión; no estaba sometido a horarios rígidos, ni tampoco a cadencias que ritmaran el despliegue de su capacidad laboral: administraba su energía y su tiempo. Como lo dijo uno de nuestros entrevistados:

...yo creo que yo me hice zapatero más por aquello de que hay más libertad para el obrero. Es decir, no está uno sometido como en una fábrica, donde tiene que estar a las órdenes y hasta tal vez gritado por un tipo y yo era uno que a mí nunca me ha gustado ni ordenar ni que me ordenen.¹⁶

La misma persona agrega que "había operarios que llegaban a las 8, otros llegaban a las 9 y ahí protesta, como en esos lugares que hay un reloj marcador".¹⁷ Resulta significativo que en una huelga de zapateros que hubo en una ciudad de provincia en 1934, una de las reivindicaciones que plantearon los trabajadores fue la siguiente: "Libertad absoluta para los operarios de entrar y salir del taller a las horas que lo crean necesario".¹⁸ En suma, el zapatero ni estaba sometido a horarios rígidos ni a un control de su ritmo de trabajo, ya que no había "ninguna fuerza que lo obligara a hacer el zapato en menos horas de lo que lo podía hacer".¹⁹

El mundo del taller era un universo de relaciones cara a cara. Los trabajadores man-

tenían con sus patrones relaciones concretas, directas y personales, predominantemente horizontales. Incluso en los talleres más pequeños estas relaciones estaban contaminadas de cierto paternalismo. El mismo esquema de relaciones directas se observaba entre los propios obreros. No hay que olvidar que en las zapaterías no había máquinas que hicieran ruido o que aislaran a los trabajadores los unos de los otros. Por esta razón, había condiciones muy favorables para la comunicación, el diálogo y el intercambio entre ellos.

El trabajador zapatero de aquel tiempo entraba a sentarse en la mesa y en esos banquillos, y le decía buenos días a sus compañeros y al otro le daba una broma y todo eso. Y así era todo el día. Había una comunicación permanente; tal vez sólo un compañero leía el periódico, pero él llegaba y nos contaba, y nos contaba, lo que más le interesó.²⁰

El mundo del taller era, pues, un espacio de convivencia, un lugar de comunicación, un sitio en donde se tejía una red de relaciones interpersonales; en suma, una comunidad de hombres con una gran libertad y autonomía en su existencia cotidiana.

El taller resultaba una escuela para todos, dice Carlos Luis Fallas.²¹ De la comunicación y la convivencia nacía un verdadero proceso de socialización o resocialización. En el taller el zapatero se instruía y descubría nuevos horizontes: "uno, como trabajaba en comunidad... se comentaban problemas del país, se hablaba de una cosa y de otra y de otra y eso venía siendo como cultura en el obrero".²² En el cuento *El Taller Calufa* nos describe unos obreros que pasan todo el día discutiendo, opinando y haciendo cuartetos ingeniosos y burlonas. Son trabajadores que se entregan con entusiasmo a lo que se podría llamar "el arte de la discusión"; arte que se alimenta de la lectura de periódicos y de las vivencias de los distintos individuos. Los zapateros costarricenses no parecen haber formalizado la institución del lector pagado, pero la práctica de

manera informal e improvisada llegó a ser muy extendida en los talleres de zapatería. Uno de nuestros entrevistados tenía por costumbre leer a sus compañeros algunas noticias y el editorial del diario antes de iniciar sus labores.²³ Por otro lado, también escuchaban frecuentemente la radio que ellos mismos o los patrones instalaban en los centros de trabajo. Así, la conversación, la radio, los periódicos, alimentaban el "arte de la discusión".

La vida cotidiana en los talleres de zapatería tenía también una dimensión lúdica. Los zapateros constantemente hacían burlas, chistes y bromas a sus colegas, a los aprendices, a los que visitaban al taller e incluso a los mismos patrones. El "arte de la discusión" iba aparejado con el "arte de la mofa". Las cuartetos que Fallas cita en su cuento están llenas de ironía y de sarcasmo.²⁴ El zapatero era conversador, ingenioso y muy charlatán. Uno de nuestros entrevistados nos señaló que para su gusto las bromas eran demasiado pesadas y vulgares.²⁵ Aquí se expresaba la vertiente plebeya de la cultura del zapatero. No obstante, la mofa y la discusión desarrollaban su agudeza y templaban su carácter. Sufrir la burla era una especie de rito de iniciación y entregarse al debate era una forma de mostrar la pertenencia a la comunidad del taller.

Igualmente, estos obreros eran muy amigos de la música. Juan Rafael Morales nos cuenta que la pequeña banda de su ciudad estaba integrada mayoritariamente por zapateros.²⁶ Otro entrevistado relata que en su taller había un excelente conjunto de tango y varios afirmaron que era frecuente que en los talleres de zapatería algunos zapateros cantaran mientras laboraban, no sólo tangos, boleros y baladas, sino también fragmentos del "bel canto". En el cuento de Fallas aparece una divertida discusión entre admiradores y detractores del tango y de la ópera.²⁷ A la inquietud artística, como es de suponer, los trabajadores de los talleres de zapatería agregaban las prácticas deportivas. Había equipos de fútbol y se realizaban campeonatos. Uno de los entrevistados habló de peleas de boxeo entre los operarios, al mediodía antes del almuerzo. Música y depor-

te se conjugaban para ampliar los vínculos de los obreros más allá del centro de trabajo.

Ya hemos dicho que el taller era una escuela para el zapatero. Esto era posible porque entre esos operarios había hombres con inclinaciones intelectuales. Ya dijimos que Fallas, el escritor, había sido zapatero. Pero podemos agregar que dos de nuestros entrevistados son versificadores y uno de ellos autor de muchas canciones. Por otro lado, uno de los que dejó el oficio hace muchos años ahora es homeópata, formado de manera autodidacta y no titulado. Estos zapateros-intelectuales tenían ascendiente sobre sus compañeros y contribuían a su formación.

Donde yo encontré más influencia (ideológica y política) ya fue en los campos de trabajo... porque siempre han habido zapateros con mucha inteligencia... entre los núcleos que yo trabajé había gente que sí había estudiado mucho.²⁸

Juan Rafael Morales narra una anécdota ilustrativa al respecto:

Entre los trabajadores había algunos que habían cursado algunos estudios. Yo recuerdo un compañero que una vez le dije yo una palabra (...), el compañero Díaz, y me dice 'Morales, usted como viene de Grecia (de una zona rural) está pronunciando mal esa palabra. Eso no se pronuncia así, se pronuncia así'. Y claro, yo le agradecí, claro que me dio pena, pero le agradecí.²⁹

El zapatero es una persona informada e instruida porque tiene compañeros que poseen alguna formación, generalmente de carácter autodidacta. El proceso de resocialización se inicia en el periodo de aprendizaje del oficio. Al adquirir la capacitación laboral, se adquiría al mismo tiempo una cierta visión del mundo, ciertos valores y determinados elementos de tipo ideológico y político: "cuando yo empecé a trabajar tuve 'maistros', hombres preparados de izquierda y me formaron el corazón para

luchar por los sindicatos".³⁰ Este otro testimonio es revelador de la misma situación:

nosotros teníamos esa ventaja, que estábamos trabajando y discutiendo los problemas del día y lo que sucedía. Y eso era lo que hacía conciencia, porque había compañeros que llegaban un poco reacios, pero ya se iban enfilando y también hasta los pericos que llaman aprendices. Yo tenía un perico que llegó ahí y comencé a meterle las ideas.³¹

El taller era también una escuela de solidaridad y de apoyo mutuo. Todos nuestros entrevistados insisten en que entre los zapateros predominaban el compañerismo, la hermandad y el socorro en la desgracia. Cuando un compañero se enfermaba, se le apoyaba económicamente; cuando alguno moría se le hacía lo mismo con su familia. Estas prácticas mutuales tenían un carácter informal, por lo menos mientras no existió el sindicato.

El mundo del taller era un espacio en donde se forjaba una identidad, una cultura y una conciencia obrera. La vida cotidiana en el taller era condición y expresión de esa cultura. En el lugar de trabajo se combinaba la palabra con el juego, la burla con la fraternidad; se afirmaba la libertad y la autonomía del obrero; se resistía al patrón y también se le consentía. En la cotidianeidad del taller se forjaban identidades, resistencias y utopías. El zapatero aprendía a ser y a considerarse diferente.

Pero más allá del taller existía el entorno social, que tenía determinadas percepciones de los zapateros. En primer lugar, no hay que olvidar que estos trabajadores eran pobres, por más intelectuales y cultivados que se pretendieran. Por sus ingresos nunca constituyeron una especie de aristocracia laboral. Además tenían fama de ser borrachos y uno de ellos reconoció, autocríticamente, que una mujer no podía pasar por un taller de zapatería por las expresiones subidas de tono que le decían los operarios. Nuestros entrevistados nos transmiten la impresión de que los zapateros eran objeto de menosprecio y marginación.

Eran considerados como "zapaterillos" que no saben nada". Los suegros no los apreciaban y "hasta las mujeres nos corrían". En síntesis, el oficio de zapatería no gozaba de mucho prestigio social. Probablemente, esta mezcla de bajo status social con inclinaciones intelectuales y espíritu de independencia, como indican Hobsbawm y Scott, contribuye a explicar el radicalismo político-ideológico de los zapateros.³² A este respecto, es interesante señalar que según algunos de nuestros testigos el Sindicato y el Partido vinieron a moralizar, a disciplinar y a dignificar a los zapateros. Fue el Sindicato el que terminó con la costumbre del "domingo chiquito", es decir del "San Lunes"; "fue el que puso en su lugar y dio esa cultura que adquirieron los zapateros".³³ A través de la lucha sindical y partidaria, algunos zapateros llegaron a ser diputados en el Congreso de Costa Rica. Estos testimonios sugieren, pues, que por su radicalismo, de marginados los zapateros llegaron a ser personas destacadas.

Los zapateros mantenían diversas relaciones fuera de su lugar de trabajo. Por ejemplo, todos nuestros entrevistados se conocen entre sí, sea porque en algún momento de su trayectoria laboral trabajaron juntos, sea porque han compartido una experiencia en el Sindicato y en el Partido. En consecuencia, los zapateros formaban parte tanto de una categoría ocupacional como de una red de relaciones interpersonales. Esta circunstancia favorecía una elevada consciencia de grupo.³⁴ Habría que decir que existía una cierta movilidad de los zapateros de las provincias hacia la capital, donde se concentraba el contingente mayor de estos obreros. También hay que señalar que en nuestro periodo la ciudad capital, y desde luego las ciudades de provincia, eran relativamente pequeñas; toda la gente se conocía, sobre todo dentro de un cierto medio social. Por lo demás, los zapateros vivían en zonas determinadas. En San José se ubicaban principalmente en los barrios obreros del sur de la ciudad. Finalmente, las zapaterías más grandes e importantes, donde se encontraba el bastión más sólido del Sindicato, también estaban concentradas en la Avenida Central

de San José y en sus calles aledañas. Como puede verse, diversas circunstancias de carácter espacial y demográfico favorecían que los zapateros compartieran no sólo ciertas condiciones de producción y una forma de vida comunitaria en sus centros de trabajo, sino también otras experiencias en varias esferas de la vida social.

Uno de los lugares de encuentro de los zapateros era el bar o la cantina.

había... grupos que se ponían de acuerdo por las tardes para salir a tomar tragos. Si eran cinco, eran cinco tragos que se tomaban. Porque en eso no habían quien se arrecostara, sino que el que tomaba parte en el grupo sabía que tenía que hacer una invitación. Así se tomaban los tragos.³⁵

El club deportivo de los zapateros de Grecia fue un factor decisivo en la fase preparatoria de creación del sindicato, en cuya fundación participó Juan Rafael Morales, él mismo deportista asiduo.³⁶ El Sindicato Nacional de Zapateros también alentó la vida social fuera del taller. Estableció un club o centro social en el que había bar, restaurante, billares y juegos de azar. Este club organizó dos equipos de fútbol y uno de ciclismo, que tuvieron un papel muy destacado en la historia deportiva del país: el equipo de ciclismo fue campeón nacional durante varios años y el equipo de fútbol llegó a ser campeón de segundas divisiones y estuvo a punto de ingresar a la división mayor del fútbol nacional.³⁷ Finalmente, el Sindicato estuvo presente en otros aspectos de la vida cotidiana de los trabajadores: en épocas de escasez organizó el suministro de víveres y de materiales de zapatería a sus afiliados y promovió la lucha por la construcción de viviendas obreras a partir de 1938.

El Sindicato emergió de la cultura y de la cotidianeidad de los zapateros, intentó arraigarse en ellas y trató de reproducirlas y potenciarlas. En la vida diaria, la organización sindical estaba presente a través del Comité de Taller. Este organismo era un medio de contacto entre la base y la dirigencia del Sindica-

to, y un instrumento de arbitraje en las disputas y desacuerdos que se presentaban entre el patrón y los operarios. Era una instancia elegida democráticamente por los miembros del taller y en la que no había representación patronal.

el Comité de Taller lo elegía la Asamblea de Taller (...) Ese comité representaba a los alistadores, a los montadores... de varón y de señora, y a los cortadores. Cuando se presentaba algún problema entre operario y patrón, ya fuera por mala presentación del trabajo o por algún daño, una cortada o una mancha, (...) el patrón llevaba la queja ante el comité, y el comité pues tenía que tomar una decisión. Había veces que el patrón tenía razón y había que dársela. Otra vez era algún defecto del material o alguna cuestión así y entonces el operario tenía razón.³⁸

En opinión de nuestros entrevistados, el Comité de Taller tenía un gran poder frente al patrón y de hecho constituyó una forma de control obrero. Como es lógico, los patrones opusieron resistencia a este organismo y por lo menos en un caso obligaron al Sindicato a ir a la huelga en defensa del reconocimiento de esta institución sindical.³⁹ No obstante, en opinión de nuestros entrevistados, algunos patrones admitían que los comités les habían ahorrado muchos dolores de cabeza. No hay que olvidar que el Sindicato contribuyó a disciplinar a los operarios favoreciendo, por ejemplo, la eliminación del "San Lunes". Finalmente, los Comités de Taller tenían a su cargo la colecta de las cotizaciones para el Sindicato.

Así como el trabajador tenía una cierta capacidad de resistencia frente al patrón debida a la calificación de su fuerza de trabajo, y, de ahí, a su escasez relativa, de manera análoga el poder de la organización sindical emanaba de esas peculiaridades de la mano de obra. El Sindicato logró imponer la sindicalización obligatoria y de este modo obtuvo algún control sobre la oferta de la fuerza de trabajo. Según los testimonios recopilados, esta norma parece haber tenido vigencia entre los opera-

rios más calificados, es decir entre los de "primeras", mientras que entre los llamados de "terceras", los menos calificados, el Sindicato tuvo muchas dificultades para introducirla y hacerla respetar. El Sindicato fungió, pues, como bolsa de trabajo que colocaba a los operarios y suministraba mano de obra a los patrones. En un conflicto laboral ocurrido en 1939, ante la intransigencia del patrón, el Sindicato retiró a sus operarios y los colocó en diferentes talleres.⁴⁰ De esta manera, los Comités de Taller, la sindicalización obligatoria y la bolsa de trabajo funcionaron como instrumentos de protección de los intereses de los trabajadores y como medios de control de la autoridad patronal. La institucionalidad sindical se fundamentaba en las características de la fuerza de trabajo, en la cultura y cotidianeidad de los zapateros tanto en el mundo del trabajo como fuera de él, pero también en un cierto entorno social, económico y político. Estas circunstancias fueron cambiando y terminaron por provocar la disolución de la cultura del taller y de la identidad y fortaleza de los zapateros como grupo social, así como el debilitamiento progresivo de la organización sindical.

La época de mayor poderío de los zapateros y de su organización sindical se sitúa entre 1934 y 1943, es decir, entre el año de fundación del Sindicato y el año de promulgación de la legislación laboral. Todo empezó a cambiar a partir del Código de Trabajo:

La bolsa de trabajo la tenía el Sindicato, pero eso fue antes del Código de Trabajo, porque entonces el Sindicato se había hecho tan poderoso dentro del sistema patronal que ya a los patrones no les quedaba más remedio que acatar ciertas disposiciones del Sindicato. Cuando ellos necesitaban un trabajador lo solicitaban al Sindicato, el Sindicato si lo tenía se lo proporcionaba (...). Cuando entró en vigencia el Código de Trabajo la situación cambió. Por ejemplo, nosotros exigíamos que todo el personal estuviera afiliado al Sindicato; después que entró en vigencia

el Código de Trabajo... el trabajador... tenía libertad para pertenecer o no al Sindicato.⁴¹

La legislación laboral abolió la sindicalización obligatoria y favoreció la separación de grupos de trabajadores, ya fuera por razones ideológicas puesto que el Sindicato era de influencia comunista, o por el deseo de los operarios de eludir el pago de la cuota sindical. El poder del Sindicato y la solidaridad del grupo que representaba empezaron a agrietarse. Más importante aún fue la reacción patronal que desembocó en la implantación de las leyes laborales. Con el fin de evadir obligaciones y responsabilidades, los patronos comenzaron a disolver los talleres:

En diciembre [de 1946] mi patrono Luis Araujo, siguiendo la política patronal con fines de destruir el Sindicato de Zapateros, me llamó a su despacho y me planteó que las cargas sociales que estaban soportando los llevarían a la ruina, por lo que resolvieron prescindir de todo el personal laboral y que comunicara a los trabajadores esa disposición de la empresa, que oportunamente se entregarían las cartas de despido y se daría el preaviso; terminado éste, las prestaciones correspondientes. Los Araujo contratan con uno de sus trabajadores, Julio García, entendido en administración y producción de calzado, que les produzca calzado. Julio me contrata para elaborar el mismo calzado.⁴²

Este proceso de disolución de los talleres tuvo lugar después de 1943 y hasta el año de 1949. Implicó la conversión de los talleres grandes y medianos en pequeñas unidades, atadas comercialmente a una zapatería, y también a un desarrollo del trabajo a domicilio pues muchos operarios, despedidos de los talleres, se fueron a sus casas a elaborar calzado por su cuenta, o más frecuentemente, por encargo. El mundo del taller, que era el fundamento de la cultura obrera, comenzó a declinar. La vida comunitaria fue siendo reempla-

zada por el aislamiento en pequeñas unidades productivas o en el propio domicilio. Los efectos de estos cambios sobre la organización sindical resultaron fatales:

una persona que está metida dentro de la casa y trabajando nada más, sin con quién hablar... es una persona que se va alejando de todos los problemas (...) Así les pasó a los zapateros, los mandaban a trabajar a las casas y... se perdieron como dirigentes, como buenos militantes... se iban apartando de ese compromiso.⁴³

No sólo los rangos del Sindicato sufrieron desmedro, sino también el propio grupo social. En primer lugar porque se produjo una diferenciación social en su seno al ser incitados algunos de los antiguos operarios a convertirse en pequeños patronos. En segundo lugar, como los zapateros eran obreros mal pagados y simultáneamente con deseos de superación, y puesto que después de 1950 se abrieron nuevas oportunidades para la movilidad social en nuestro país, muchos de ellos se trasladaron a otras actividades, en particular al sector público y al de servicios, en busca del ascenso social. Por último, otros antiguos zapateros de taller se convirtieron en supervisores o contra maestros de las nuevas fábricas que se iban instalando, o tuvieron el destino menos glorioso de zapateros remendones.

En síntesis, los cambios institucionales, las políticas patronales y las nuevas tendencias del desarrollo económico y social fueron aniquilando lentamente este grupo social. Los gobiernos reformistas de la década de 1940, que contaron con el apoyo activo del Partido Comunista, tuvieron una actitud de tolerancia y de cierto apoyo al movimiento sindical; actitud no exenta de ambivalencias si pensamos en los efectos del Código de Trabajo, promulgado por uno de ellos. En todo caso el desarrollo del movimiento sindical durante este periodo se derivó en parte de esta actitud gubernamental. La Guerra Civil y los gobiernos subsiguientes dieron un giro radical al respecto y

desplegaron una política sistemática de acoso al sindicalismo de influencia comunista. La represión afectó al Sindicato de Zapateros: algunos militantes y dirigentes murieron en la Guerra Civil, otros fueron perseguidos; los extranjeros, nicaragüenses y salvadoreños, fueron expulsados del país; algunos miembros de la dirigencia abandonaron la lucha y sectores de la base se desafiliaron. El Sindicato logró reconstruirse después de 1950, pero su época de oro ya había quedado atrás. Aunque jugó un papel clave en la reconstitución del movimiento sindical en su conjunto a partir de la fundación de una nueva confederación en 1953, ya las cosas no fueron las mismas. Los comités de taller desaparecieron, tanto por la desintegración de los talleres como por la represión; el club fue clausurado y los equipos de fútbol y ciclismo se acabaron. Se produjo un proceso de separación entre la dirigencia del Sindicato y su base social. La organización fue despojada de sus raíces.

Más tarde aparecieron las nuevas fábricas, y el Sindicato, a pesar de sus esfuerzos, resultó ajeno a los nuevos grupos de obreros industriales que emergieron: no pudo acompañar el nacimiento de este otro mundo laboral. Con la industrialización vino un nuevo mundo urbano. Los procesos de urbanización y metropolización disolvieron el universo comunitario en que habían crecido y vivido los obreros-artesanos zapateros y en el que había actuado el Sindicato. Ya ni las fábricas ni los trabajadores estaban al alcance de la mano; había pasado la era de las relaciones primarias. Un grupo social, un modo de producción, un modo de vida, una cultura, un patrón de lucha y de organización obrera se fueron hundiendo en el pasado.

Ya empieza a ser casi manida la expresión de E.P. Thompson según la cual la clase obrera se hace a sí misma tanto como es hecha por otros. No obstante, lo cierto es que los zapateros costarricenses se hicieron a sí mismos y también contribuyeron a la construcción de la sociedad y de la época en que les tocó vivir.

Encarnaron una cultura y una vida obrera que hicieron aportes sustanciales al patrimonio de bienestar social y de convivencia democrática que luego disfrutarían sus descendientes. Pero la historia también los cambió; su mundo y el mundo en el que vivieron un día quedó en el camino. La comprensión de este itinerario ilustra bien las complejidades y los desafíos de la práctica de la historia de las clases trabajadoras. Estamos de acuerdo en que se debe dejar de privilegiar la óptica institucional que toma la parte —la organización— por el todo —la clase o el grupo social. Sin embargo, es necesario cuidarse de una unilateralización de nuestros intereses más recientes, centrados en la cotidianidad y en la cultura. La historia de los trabajadores no es más que una forma de hacer historia de la sociedad en su conjunto. Como bien lo advierte Hobsbawm, la historia del trabajo debe evitar caer en cualquier tipo de reduccionismo.⁴⁴ Por ejemplo, a pesar de que nuestro análisis ha girado en torno a la cultura y la vida cotidiana de los zapateros, para comprender toda su trayectoria hemos tenido que tomar en consideración las características de su organización sindical y las políticas patronales y la acción estatal.⁴⁵

Por último, el estudio de la historia de los trabajadores debe evitar toda tentación evolucionista o "passéiste". En esta historia, como en cualquier otra, hay avances y retrocesos, continuidad y ruptura.⁴⁶ Ni el pasado es mejor que el presente ni viceversa; sólo son distintos. Probablemente, la mayoría de los que practicamos este tipo de historia estamos muy interesados e incluso identificados con el futuro de los trabajadores. Quizás la mejor manera de dar testimonio de ese compromiso sería contribuir a comprender la historia de la sociedad desde la perspectiva de cómo los trabajadores se hicieron y fueron hechos en ella. Tal vez el esfuerzo de reinsertar a la historia de los trabajadores en la historia de la sociedad termine resultando útil a la lucha por un mundo en donde los trabajadores vivan, al fin, como productores libremente asociados.

Notas

¹ Carlos Luis Fallas Monge, *El movimiento obrero en Costa Rica, 1830-1902*, San José, EUNED, 1983 (434 p.); Mario Oliva, *Artisanos y obreros costarricenses, 1880-1914*, San José, Editorial Costa Rica, 1985 (216 p.).

² Víctor H. Acuña Ortega, *Los orígenes de la clase obrera en Costa Rica: las huelgas de 1920 por la jornada de ocho horas*, San José, CENAP-CEPAS, 1986 (85 p.).

³ Victoria Ramírez, *El Partido Reformista: alternativa política de las clases trabajadoras costarricenses en la década de 1920* (Tesis de Maestría en Historia), Universidad de Costa Rica, 1987.

⁴ Manuel Rojas Bolaños, *Lucha social y guerra civil en Costa Rica, 1940-1948*, San José, Editorial Porvenir, S.A., 1979 (171 p.).

⁵ Por ejemplo, en 1919 un grupo de zapateros se reunió en San José con el fin de constituir un sindicato "bajo el pabellón rojo del socialismo"; véase Acuña Ortega, *op. cit.*, p. 22.

⁶ Véase Oliva, *op. cit.*, pp. 112-123. Nuestros entrevistados también coinciden en que los panaderos fueron más combativos que los zapateros en el periodo anterior a 1930.

⁷ Véase "En la historia del movimiento obrero costarricense, el Sindicato de Zapateros tendrá un lugar preferente y decisivo", *Trabajo*, 10. de mayo de 1942, p. 2. Tal vez conviene agregar que el primer consejo ejecutivo de la CTCR estuvo integrado por 17 personas de las cuales cinco eran zapateros. Véase: Marielos Aguilar, *Clase trabajadora y organización sindical en Costa Rica, 1948-1972* (Tesis de Maestría en Historia), Universidad de Costa Rica, 1987, p. 19.

⁸ E. Hobsbawm, y J.W. Scott, "Political Shoemakers", in E. Hobsbawm, *World of Labour*, Londres, Weidenfeld and Nicholson, 1984, pp. 103-130.

⁹ Roque Dalton, *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador*, San José, Educa, 1982 (564 p.).

¹⁰ Víctor H. Acuña Ortega, "La formation de la conscience syndicale et politique chez les ouvriers de la chaussure au Costa Rica (1920-1934)", Ponencia presentada en el Sixth International Oral History Conference, St. John's College, Oxford, septiembre de 1987 (19 p.).

¹¹ Juan Rafael Morales, *Autobiografía*, Concurso Nacional de Autobiografías de Obreros y Artesanos, Universidad Nacional (Heredia), 1982 (manuscrito fotocopiado) (37 p.).

¹² Las entrevistas tienen una duración promedio de siete horas. En adelante serán citadas de la siguiente manera: nombre del entrevistado, número de la entrevista, en caracteres romanos, y número de la página en el texto transcrito, en números latinos.

¹³ Carlos Luis Fallas, "El Taller", en *Tres Cuentos*, San José, Editorial Costa Rica, 1983, pp. 63-140. Este relato fue escrito por Fallas en 1950.

¹⁴ "Con un éxito rotundo culminó la conferencia nacio-

nal de trabajadores del calzado", *Trabajo*, 28 de octubre de 1939, pp. 1, 6.

¹⁵ Juan Rafael Morales, Primera Entrevista Colectiva, pp. 66-67.

¹⁶ Marco Lemaire, IV, p. 1.

¹⁷ *Idem.*, III, p. 10.

¹⁸ Marvin Sánchez Valeiro, *La Huelga General de Zapateros de Cartago: Frustración o Victoria Obrera*, Universidad Nacional (Heredia), Escuela de Historia, Seminario Interdisciplinario I, 1986 (31 p.).

¹⁹ Entrevista no estructurada con Juan Rafael Morales, p. 13-14.

²⁰ Juan Rafael Morales, Primera Entrevista Colectiva, p. 31.

²¹ Fallas, *El Taller*, p. 71.

²² Marco Lemair, III, p. 10.

²³ Emilio Moscoa, VI, pp. 1-4.

²⁴ Veamos algunas de estas cuartetos: El borracho reborracho / no debe tener mujer: / si él se chupa lo que gana / la pobre ¿qué va a comer?; ¿Han visto ustedes, muchachos? / Si no han visto, ya verán: yo he visto haciendo zapatos / a un horrible orangután; la ropa le hace muy bien / al monito y a la mona; ayer era casi un mono, / hoy parece una persona.

²⁵ Emilio Moscoa, III, pp. 9-12.

²⁶ Juan Rafael Morales, *Autobiografía*, p. 27.

²⁷ Fallas, *El Taller*, pp. 78-80.

²⁸ Emilio Moscoa, Segunda Entrevista Colectiva, p. 5.

²⁹ Juan Rafael Morales, Primera Entrevista Colectiva, pp. 30-31.

³⁰ José Guerrero, Segunda Entrevista Colectiva, p. 12.

³¹ Marco Lemaire, *idem.*, p. 24.

³² E. Hobsbawm y J.W. Scott, *op. cit.*, p. 115.

³³ Jesús Guerrero, Segunda Entrevista Colectiva, p. 28.

³⁴ Véase la noción de "catnet" (category and net work) en Charles Tilly, *From mobilisation to revolution*, Reading Mass, Addison-Wesley Publishing Company, 1978, pp. 62-65.

³⁵ Emilio Moscoa, III, p. 13.

³⁶ Juan Rafael Morales, *Autobiografía*, pp. 29-30.

³⁷ El señor Emilio Moscoa conserva un álbum con recortes de periódicos, fotografías, afiches, boletos de entrada, etc. de la trayectoria de los equipos de fútbol y de ciclismo.

³⁸ Antonio Loaiza, Primera Entrevista Colectiva, p. 34.

³⁹ "Conflicto en el taller La Costarricense con el Sindicato de Zapateros", *Trabajo*, 24 de junio de 1939, p. 4.

⁴⁰ *Idem.*

⁴¹ Emilio Moscoa, Primera Entrevista Colectiva, p. 38.

⁴² Juan Rafael Morales, *Autobiografía*, p. 32.

⁴³ Emilio Moscoa, VI, p. 25.

⁴⁴ E. Hobsbawm, "Labour History and Ideology", in *Worlds of Labour*, p. 12.

⁴⁵ Una propuesta metodológica en esta dirección aparece en J. Zeitlin, "From Labour History to the History of Industrial Relations", *Economic History Review*, vol. XL, no. 2 (mayo, 1987), pp. 159-184.

⁴⁶ Una discusión sobre el problema de la continuidad

y la discontinuidad en la formación de las instituciones de la clase trabajadora aparece en el siguiente análisis crítico de la obra de J.W.H. Sewell, *Work and Revolution in France: The Language of Labour from the Old Regime to 1848*, Lynn Hunt y George Sheridan, "Corporatism, Association and the Language of Labor in France, 1750-1850", *Journal of Modern History*, No. 58 (diciembre, 1986), pp. 813-844.



